

Raúl Macín, **La iglesia hoy: ¿clero de izquierda o derecha?**, México, Ed. Posada, 155 pp.

Ya desde los días del Concilio Vaticano Segundo, en 1961, se hablaba de la existencia de "las dos iglesias". Una, comandada por la mayor parte de los miembros de la llamada alta jerarquía religiosa, de tendencia conservadora y que insiste en el hecho de que su tarea se reduce estrictamente a lo espiritual. La "otra iglesia", integrada por algunos jerarcas y laicos progresistas, ha sido la "conciencia afligida" del cristianismo y, de una u otra manera, se ha estado ligando con las aspiraciones realmente populares. Ciertamente, el ala conservadora es más fuerte y ejerce una mayor influencia sobre los fieles de todo el mundo (p. 17).

Lo que sucede en la Iglesia Católica no es privativo de ella. También nos encontramos con una tendencia similar en otros grupos cristianos que, ante la agudización de los conflictos en los países capitalistas, también se polarizan. Ahí también es posible encontrarse con sectas que van desde las francamente profascistas hasta aquellas que creen ya incompatible el mensaje evangélico con el capitalismo (pp. 20-30).

En América Latina esa división en los grupos religiosos reviste una mayor importancia en los momentos en que agudizan las situaciones de dependencia económica y en que, como resultado de ese proceso, se acelera el ritmo de la militarización-fascistización de los gobiernos a lo largo del continente. La crisis global del imperialismo agrava las ya de por sí miserables condiciones de vida de la mayoría de la población. En medio de ese deterioro sistemático de las condiciones de sobrevivencia, se produce una respuesta popular bajo diversos tonos; la cual no puede ser sofocada si no es por el recurso extremo de la violencia. Este remedio, debido al mayor número de casos de rebeldía popular, cada vez es utilizado con mayor frecuencia (pp. 33-37).

Dentro de ese marco, es necesario detectar y analizar el papel que juega el ala conservadora de la iglesia cristiana para legitimar el sistema de explotación y represión que priva en todo el territorio latinoamericano. El autor menciona varios ejemplos, casi todos de gran importancia, por lo que citamos algunos:

a) En México, en el año de 1969, un importante sector de la Iglesia Metodista manifestó su apoyo incondicional a la política represiva del gobierno de Díaz Ordaz. El apoyo lo daban en nombre de una supuesta actitud de patriotismo y "firmeza en la defensa del orden, la fe y la civilización cristiana". Hubieron declaraciones entusiastas que dejaban ver al fascismo en potencia con mucha claridad. No se puede decir menos de una oración que pronunció, a principios de 1969, un prominente miembro de esa iglesia: "Señor, te damos gracias por la noche de Tlatelolco, por la energía ejemplar del Presidente Díaz Ordaz, porque gracias a él nos salvamos de las garras del comunismo ateo y prevaricador..." (p. 18).

b) En Chile, a partir de 1974, se ha estado haciendo cada vez más claro el apoyo de la Iglesia Evangélica a la dictadura de Pinochet. Los máximos

dirigentes de esa iglesia se han reunido con todos los miembros de la Junta Militar para hacerles partícipe de sus simpatías. También han hecho declaraciones, en las cuales lo menos que se dice es que el golpe de Estado y el asesinato del presidente Allende son productos de la gracia divina. De esta forma, el encumbramiento del gobierno militar es nada menos que la ascensión al poder terreno del "brazo armado de Dios" en Chile. Pinochet, siguiendo a la Iglesia Evangélica, es una especie de ángel exterminador que tiene muy poco que envidiarle al arcángel Gabriel. Sin embargo, aun cuando lo anterior parece ir demasiado lejos, no termina ahí la función de legitimadora espiritual que la Iglesia Evangélica se ha adjudicado; pues como acto seguido se lanza a una nueva cruzada en contra de los comunistas de la Organización de las Naciones Unidas. Como se sabe, la ONU hizo severas condenas al régimen militar chileno por la violación sistemática de los derechos humanos que viene realizando. Pues bien, la Iglesia Evangélica afirma que:

El pueblo evangélico no puede guardar silencio ante la orquestada acción del marxismo internacional contra nuestra patria. La conciencia y sensibilidad de la Iglesia Evangélica Chilena han sido golpeadas por la infamia cometida en el seno de las Naciones Unidas, al calumniar a nuestro Gobierno, como carente de los más mínimos principios de derechos humanos, presentándose testimonios que no fueron ni siquiera probados... La condena contra Chile hecha por las Naciones Unidas mediante una mayoría política ocasional manejada por los países marxistas, pretende bloquearnos ante el resto del mundo, arma que el marxismo ateo está utilizando para desconocer la legitimidad de nuestro gobierno, que nació como una necesidad imperiosa de salvar a la patria de una virtual destrucción... El pronunciamiento de la Fuerza Armada, en el proceso histórico de nuestro país, fue la respuesta de Dios a la oración de todos los creyentes que ven en el marxismo la fuerza satánica de las tinieblas en su máxima expresión... Todo gobierno es legítimo en la medida que responde a la voluntad de la mayoría y satisface las necesidades de la patria; el nuestro lo es porque satisfizo la necesidad de ser liberada de un sistema marxista, esclavizante y foráneo... (pp. 48-50).

c) En Bolivia, la alta jerarquía religiosa se ha mostrado muy de acuerdo con el régimen de Hugo Bánzer. Ya en los días anteriores al golpe de 1971 la Diócesis de Santa Cruz llevó a cabo las "Jornadas Eucarísticas" con un marcado contenido fascista. Las buenas relaciones entre el gobierno militar y la iglesia boliviana se han mantenido a partir de entonces. Muchos obispos de Bolivia no tienen ningún empacho en afirmar que el gobierno militar de su país es bueno porque garantiza el orden occidental y cristiano. Ese orden es bueno porque "permite la libertad"; claro que algunas veces hay miseria, empero, esa miseria no se deriva de la organización social capitalista, sino de la irresponsabilidad de los individuos. En Bolivia, ciertamente, hay una población muy alta de miserables, pero no se debe culpar de ello a la "libre empresa", sino a la borrachera y otros vicios de los trabajadores, los cuales

no aprovechan los dones que les dio la naturaleza para producir y llevar una vida mejor (pp. 83-88).

d) Por último, tenemos el caso de Argentina, en donde la Iglesia Católica se ha mostrado muy preocupada por la "ley y el orden", lo que, dicho en palabras más acordes con la realidad, significa que está preocupada por justificar la represión y la explotación de los trabajadores. Victorio Bonamin, un miembro de la alta jerarquía eclesiástica argentina, justifica los asesinatos cometidos por el ejército argentino de la manera siguiente. "Cuando hay derramamiento de sangre, hay redención. Dios está redimiendo, mediante el ejército argentino, a la nación argentina" (p. 108). Al igual que los golpistas chilenos, los argentinos están cumpliendo una misión divina: la misión de devolver a la nación la paz interior que se había perdido por el acecho de los comunistas"; que no sólo amenazan a la estructura económica, sino a todos "...los cimientos morales" de la sociedad. La culpa de que el comunismo se haya tornado en amenaza no la tienen únicamente los comunistas; en verdad el verdadero culpable es el "sistema democrático" por permitir tantas libertades, las cuales son aprovechadas por los comunistas para llevar agua a su molino. El liberalismo y las "democracias occidentales" son definitivamente un suicidio; de esta afirmación se infiere que, para la iglesia católica argentina, la forma ideal de gobierno es la dictadura. Los gobiernos militares son la "espada de Dios"; sin embargo por sí solos no pueden acabar con los enemigos del orden, por lo que se requiere de una operación de "desarme espiritual" para evitar que los individuos puedan adoptar actitudes de rechazo al orden occidental y cristiano. Como es de suponerse, esa operación debe estar a cargo de la "nueva" iglesia argentina. La iglesia y la junta militar van por el mismo camino y cada día coinciden más la una con la otra. Por de pronto, han declarado que "en Argentina deben morir todas las personas necesarias para lograr la paz del país" (p. 113); y no es para menos, puesto que se está librando una guerra santa contra los enemigos del orden y en esa guerra debe ganar quien caba con el enemigo. Así de simple.

Estos botones de muestra que recoge Macín nos dan una idea bastante clara de lo que es el cristianismo como ideología. Sin embargo esas situaciones no son producto de la generación espontánea, sino que son correspondientes con la realidad social de América Latina y del imperialismo como proceso de conjunto. La alta jerarquía religiosa no puede menos que ser conservadora del estado de cosas favorable a la libre empresa, porque la alta jerarquía funciona como un alto círculo de empresarios. Esto no podía ser de otra manera, puesto que sus integrantes lo son. En 1969 los bienes raíces de las iglesias en el mundo, sin incluir los Estados Unidos y el Vaticano, se cotizaban en 165 mil millones de dólares. Un examen de la composición de los dirigentes del Consejo Nacional de Iglesias de los Estados Unidos nos dice que se integra así: 45 por ciento de hombres de negocios con intereses en varias empresas; 20 por ciento banqueros; 13 por ciento dirigentes de corporaciones propiedad de las iglesias; 13 por ciento empleados de las iglesias.

Como se ve, los administradores del dinero son predominantes a la hora de

decidir los destinos de la fe cristiana (pp. 66-67). Por ello no es posible esperar que las iglesias se opongan en conjunto a la explotación del hombre por el hombre. Menos aún cuando en la jerarquía religiosa hay socios de empresas como la ATT, General Motors, Standard Oil, IBEC y otras grandes corporaciones (p. 67).

En 1969 Nelson Rockefeller realizó un viaje por varios países de América Latina. Como resultado de las observaciones que realizó, recomendó al gobierno de los Estados Unidos que, entre otras cosas, pusiera especial atención a los movimientos progresistas que se estaban dando en el seno de las iglesias. Estos movimientos, cuestionantes de la realidad latinoamericana y del papel desempeñado por las iglesias en ese contexto, se reflejaron de manera notable en los acuerdos del CELAM en Medellín en 1968. Estos acuerdos, que si bien no eran muy significativos en cuanto a lo radical de sus planteamientos, sí fueron un golpe serio para el tradicionalismo de las altas jerarquías religiosas. Por eso Rockefeller dirigió sus baterías contra los resultados de la conferencia de Medellín, al afirmar que tales acuerdos no eran favorables al mundo de los negocios y, por lo tanto, el gobierno de los Estados Unidos debería tratar de neutralizarlos (p. 125).

A partir de entonces la ofensiva conservadora se ha acentuado y los medios para hacer predominar una iglesia conciliadora y de apoyo al estado de cosas se han diversificado: desde el asesinato de sacerdotes y laicos disidentes hasta gigantescas cortinas de silencio para evitar que sea oída la voz de los religiosos comprometidos y continúe el avance de la iglesia progresista. En esa conjura reaccionaria ponen todo su interés los representantes de las oligarquías latinoamericanas y los personeros del gobierno de los Estados Unidos. Cuando en algún lugar de América Latina, bajo el pretexto de modernización, se mezclan las drogas, la violencia, el sexo y el demonismo con el mensaje cristiano, tal cosa no significa más que una ampliación del espectro de recursos que la clase dominante está utilizando para neutralizar a las corrientes del cristianismo que no están a su servicio.

El libro de Macín es un trabajo que debería ser conocido por todos los que, en una u otra forma, están interesados en el estudio de los mecanismos ideológicos en América Latina. La manipulación religiosa es un fenómeno que reviste una gran importancia en un continente que está integrado en su gran mayoría por habitantes creyentes. No en balde la Rand Corporation, un organismo ligado con las dependencias encargadas de la "seguridad" norteamericana, se ha mostrado "excesivamente" interesada por la religión en el continente; ni es casual que Nelson Rockefeller recomendara "acción inmediata" al gobierno norteamericano en relación con ese fenómeno. Empero, sobre todo, es necesario abundar en las investigaciones similares a la de Macín en los momentos en que James Carter, *Biblia* en mano, habla de la necesidad de un "avivamiento religioso" en toda América Latina.

El trabajo de Macín no es "académico" ni ha pretendido serlo. De ahí que cualquier análisis desde el punto de vista del método resultaría impropio a todas luces. Lo que es necesario señalar es cierto desorden en los temas que se tratan, con frecuencia hay "saltos mortales" que desquician a los lectores

impacientes. Sin embargo esos problemas de forma no deben ir en demérito de un esfuerzo de recopilación de informaciones muy originales y muy necesarias para comprender el "lado negro de la ideología". Es un trabajo de denuncia que indudablemente enriquecerá el conocimiento de los mecanismos ideológicos en su conjunto. El trabajo no es teórico y no debe vérselo como tal.

Erwin Rodríguez Díaz